

SERMON

PARA EL MARTES

DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE EL RESPETO EN LOS TEMPLOS.

Intravit Jesus in templum Dei, et eiciebat omnes vendentes, et ementes in templo.

Entró Jesus en su templo y echó de él á todos los que allí compraban y vendian.

MATTH. 21. v. 12.

¿De qué proviene hoy, católicos, en Jesucristo este celo y esta indignacion que manifiesta en su rostro? ¿no es este aquel rey pacífico que se habia de manifestar en Sion acompañado solamente de su agrado? ¿no le vimos juzgar á una mujer adúltera sin condenarla? ¿no vimos á sus piés á la pecadora de la ciudad, perdonándola con mansedum-

bre sus desórdenes y escándalos? Cuando sus discípulos quisieron hacer que bajase fuego del cielo sobre una ciudad ingrata é infiel, ¿no les reprendió diciendo que aun no conocian el nuevo espíritu de clemencia y de caridad que habia venido á traer á la tierra? Acaba de derramar lágrimas por las desgracias que amenazan á Jerusalem, á aquella ciudad pecadora, homicida de los profetas, que va á sellar el decreto de su reprobacion con la injusta muerte que muy presto ha de dar al que Dios habia enviado para ser su Salvador. En todas partes se manifiesta compasivo y misericordioso, y su grande afabilidad es causa de que le llamen amigo de los pecadores y de los publicanos.

¿Pues qué ultrajes son estos que hoy triunfan de toda su clemencia y arman sus manos benéficas con la vara del furor y la justicia? Son, católicos, los ultrajes que profanan su santo templo, que deshonoran la casa de su Padre, que hacen del lugar de oracion y del sagrado asilo de los penitentes, cueva de ladrones y casa de negociacion y de avaricia; esto es lo que arma sus ojos de rayos, cuando solo quisiera derramar sobre los pecadores sus misericordias. Esto lo que le obliga á acabar un ministerio de amor y de reconciliacion, con una accion de severidad y de indignacion semejante á aquella con que habia empezado. Porque debeis advertir, católicos, que lo que aquí hace Jesucristo al tiempo de acabar su carrera, lo habia ya hecho otra vez, cuando despues de treinta y tres años de una vida retirada entró la primera vez en Jerusalem para empezar allí su mision y cumplir con la obra de su Padre. Parecia que él mismo se habia olvidado de aquel espíritu de afabilidad y de longanimidad que debia distinguir su ministerio del de la antigua alianza, como le habian anunciado los profetas.

Sin duda que en aquella ciudad sucedian otros muchos escándalos además de los que se veian en el templo, y que no eran menos dignos del celo y de los castigos del Salvador; pero pudo disimularlos por algun tiempo y dilatar su castigo, como si mancharan menos la gloria de su Padre. No se declara desde luego contra la hipocresía de los fariseos y la corrupcion de los escribas y pontífices; pero no puede dilatar el castigo de los profanadores de su templo; su celo no sufre dilacion en este punto, y apenas entra en Jerusalem, cuando va corriendo á aquel santo lugar á vengar el honor de su Padre, que es ultrajado en él, y la gloria de su casa, á la que allí se afrenta.

A la verdad, católicos, que entre todas las culpas que ultrajan la grandeza de Dios, no hallo otra mas digna de sus castigos que la profanacion de sus templos, y estas culpas son tanto mas graves, cuanto deben ser mas santas las disposiciones que nos pide la religion para asistir á ellos.

Porque, católicos, supuesto que nuestros templos son un nuevo cielo en donde habita Dios con los hombres, debemos estar en ellos con las mismas disposiciones que los bienaventurados en el templo celestial; es decir, que siendo el altar de la tierra el mismo que el del cielo, y siendo él mismo el Cordero que en él se ofrece y sacrifica, tambien deben ser semejantes las disposiciones de los que le rodean: la primera disposicion de los bienaventurados que asisten delante del trono de Dios y del altar del Cordero, es una disposicion de pureza y de inocencia: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei.*¹ La segunda, una disposicion de religion y de abatimiento interior: *Et ceciderunt in conspectu throni in facies suas.*² Finalmente, la última, una

1 Apocalip. 14. v. 5.

2 Ibid. 7. v. 11.

disposicion de decencia y de modestia en el exterior: *Amicitia stolis albis*.¹ Tres disposiciones en que se encierran todos los pensamientos de fe que nos deben acompañar en los templos; una disposicion de pureza y de inocencia, una disposicion de adoracion y de abatimiento interior, y una disposicion de decencia y de modestia exterior en el adorno. Invoquemos el Espíritu Santo, etc. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

Todo el universo es un templo que llena Dios con su gloria y su presencia. En cualquiera parte que estemos, dice el apóstol, siempre está cerca de nosotros; en él vivimos, nos movemos y estamos; si subimos á los cielos está allí; si bajamos á los abismos allí le encontramos; si subimos sobre las alas de los vientos y atravesamos los mares, su mano es quien nos guía, y es el Dios de las islas remotas en donde no le conocen, como de los reinos y regiones que le invocan.

No obstante esto, los hombres le han consagrado siempre ciertos lugares que él ha honrado con su especial presencia. Los patriarcas le levantaron altares en algunos lugares en donde se les habia aparecido; los israelitas en el desierto miraban al Tabernáculo como el lugar en donde continuamente residia su gloria y su presencia; y habiendo llegado despues á Jerusalem, solamente le invocaban con la solemnidad de los inciensos y de las víctimas en el augusto templo que despues le edificó Salomon: este fué el primer templo que los hombres consagraron al verdadero Dios, este era el mas santo lugar del universo, el único en que era

¹ Jbid. 7. v. 9.

permitido ofrecer al Señor dones y sacrificios: los israelitas estaban obligados á ir á adorarle allí desde todos los parajes de la tierra: estando cautivos en los reinos extraños, volvian continuamente hácia aquel santo lugar su vista, sus votos y sus respetos; en meó de Babilonia, Jerusalem y su templo eran siempre el único motivo de sus alegrías y de sus penas, y el objeto de su culto y de sus oraciones. Daniel quiso mas exponerse al furor de los leones, que faltar á esta debida obligacion y privarse de este consuelo, y aun muchas veces vió Jerusalem ir á los príncipes infieles, atraídos de la santidad y fama de su templo, y tributar adoraciones á un Dios que no conocian; y el mismo Alejandro, admirado de la majestad de aquel lugar y de la augusta gravedad de su venerable pontífice, se acordó de que era hombre, y humilló su soberbia cabeza delante del Dios de los ejércitos que allí se adoraba.

En los principios de la ley de gracia las casas de los fieles sirvieron de iglesias domésticas. La crueldad de los tiranos obligaba á aquellos primeros discípulos de la fe á buscar lugares oscuros y escondidos para ocultarse del furor de las persecuciones, celebrar en ellos los santos misterios ó invocar el nombre del Señor: la majestad de las ceremonias no se introdujo en la Iglesia hasta los Césares; la religion tuvo sus Davides y Salomones, que se avergonzaron de habitar en palacios soberbios, al mismo tiempo que el Señor no tenia donde reclinar su cabeza; levantáronse poco á poco suntuosos edificios en nuestras ciudades; el Dios del cielo y de la tierra volvió, si es lícito decirlo así, á tomar posesion de sus derechos, y los mismos templos en que tanto tiempo habia sido invocado el demonio, le fueron restituidos como á su legítimo dueño, y consagrados á su culto, se hicieron su morada.

Pero nuestros templos, católicos, no están vacíos como el de Jerusalén, en el que todo era sombra y figura: el Señor entonces aun habitaba en los cielos, como dice el profeta, y su trono estaba sobre las nubes; pero después que se dignó manifestarse á la tierra, conversar con los hombres y dejarnos en las místicas bendiciones la verdadera prenda de su cuerpo y de su sangre, que realmente se contienen debajo de estos sagrados signos, el altar del cielo ya no excede al nuestro; la víctima que en él sacrificamos es el Cordero de Dios, el pan que en él comemos es el sustento inmortal de los ángeles y de los bienaventurados espíritus; el vino místico que en él bebemos, es aquella nueva bebida con que santamente se embriagan en el reino del Padre celestial; el sagrado cántico que en él cantamos es el que en la armonía del cielo resuena sin cesar al redor del trono del Cordero; finalmente, nuestros templos son aquellos nuevos cielos que el profeta prometía á los hombres. Es verdad que no vemos en ellos con claridad todo lo que se ve en la celestial Jerusalén, porque acá en la tierra no vemos sino por entre un velo y como en enigma; pero le poseemos, le gustamos, y el cielo no tiene cosa alguna en que haga ventaja á la tierra.

Digo, pues, católicos, que siendo nuestros templos un nuevo cielo, á quien el Señor llena con su gloria y su presencia, la pureza y la inocencia deben ser la primera disposición que nos dan derecho para presentarnos en ellos, como á los bienaventurados en el templo eterno: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei*,¹ porque el Dios en cuya presencia estamos es un Dios santo.

Verdaderamente, católicos, la santidad de Dios esparci-

¹ Apocalip. 14. v. 15.

da por todo el universo es uno de los mayores motivos que nos propone la religión para obligarnos á proceder en todas partes con inocencia y pureza, como que estamos en su presencia. Como todas las criaturas están santificadas con la íntima residencia de la Divinidad que habita en ellas, y como todos los lugares están llenos de su gloria y de su inmensidad, las divinas Escrituras nos amonestan continuamente que en todas partes respetemos la presencia de Dios que nos ve y nos está mirando; que no presentemos á sus ojos cosa alguna que sea capaz de ofender la santidad de su vista, y que no manchemos con nuestros delitos la tierra, pues toda es templo suyo y habitación de su gloria. El pecador que vive con una conciencia impura, es una especie de profanador, indigno de vivir en la tierra, porque en todas partes, solamente con el estado de su corazón corrompido, deshonorra la presencia de un Dios santo, que siempre está junto á él, y profana todos los lugares en que comete sus delitos, porque todos están santificados con la inmensidad del Dios que los llena y los consagra.

Pero si por estar Dios presente en todas partes debemos en todas ellas presentarnos á su vista puros y sin mancha, es indubitable que aquellos lugares que le están particularmente consagrados en este mundo, nuestros santos templos, en los que por decirlo así, reside la misma Divinidad corporalmente, piden con mucha más razón que nos presentemos en ellos puros y sin mancha, para no deshonorra la santidad del Dios que los ocupa y habita en ellos.

Por eso, católicos, cuando el Señor permitió á Salomón que levantase á su gloria aquel templo tan famoso por su magnificencia y tan venerable por el esplendor de su culto y majestad de sus ceremonias, ¿qué precauciones tan severas no tomó para que no abusen los hombres del favor

que les hacia en escoger entre ellos una mansion especial, y para que no se atreviesen á parecer en su presencia cubiertos de manchas é inmundicias? ¿Qué barreras no puso entre sí y el hombre, por decirlo así? Y cuando se acercó á nosotros, ¿qué distancia no dejó su santidad entre el lugar que llenaba con su presencia y aquel en donde el pueblo le invocaba con sus súplicas?

Oidlo, católicos. En el recinto de aquel vasto edificio que consagró Salomon á la majestad del Dios de sus padres, solo escogió el Señor para su morada el lugar mas retirado é inaccesible; éste era el Sancta Sanctorum, esto es, el único lugar de aquel inmenso templo [que se miraba como mansion y templo del Señor en la tierra. Aun mas. ¿Con qué terribles precauciones prohibia la entrada? Rodeábale un muro exterior y muy apartado, al que solamente podian arrimarse los gentiles y extranjeros que querian instruirse en la ley. En segundo lugar, le ocultaba tambien otra muralla, aun mucho mas apartada, y allí solamente tenian derecho para entrar los israelitas, y aun para esto era preciso que no estuviesen manchados y que hubiesen cuidado de purificarse con la virtud de los ayunos y de las abluciones señaladas, antes de que se atreviesen á acercarse á un lugar que todavía distaba tanto del Sancta Sanctorum. En tercer lugar, otra muralla mas interior le separaba tambien de lo restante del templo, y allí solamente entraban los sacerdotes para ofrecer todos los dias sacrificios y renovar los panes sagrados que estaban sobre el altar. Cualquiera otro israelita que se atreviese á acercarse, mandaba la ley que fuese apedreado como profanador y sacrilego, y aun un rey de Israel, el temerario Ozías, que amparado de la dignidad real creyó poder entrar á ofrecer inciensos, quedó inmediatamente cubierto de le-

pra, degradado de la dignidad real y separado para siempre de la sociedad y comercio de los hombres. Finalmente, despues de tantas barreras y separaciones estaba el Sancta Sanctorum, aquel lugar tan terrible y tan oculto, cubierto con un velo impenetrable é inaccesible á todos los mortales, á todos los justos, á todos los profetas y aun á todos los ministros del Señor, menos al soberano pontífice, y aun este no podia entrar allí mas que una vez al año, despues de mil severas y religiosas precauciones, y llevando en sus manos la sangre de la víctima, la que únicamente le abria las puertas de aquel lugar.

Y no obstante esto; ¿qué habia en el Sancta Sanctorum, en aquel lugar tan formidable y tan inaccesible? Las tablas de la ley, el maná y la vara de Aaron, figuras vacías y sombra de lo por venir. El Santo Dios, que algunas veces anunciaba él mismo allí sus oráculos, todavía no habitaba en él, como habita en el santuario de los cristianos, cuyas puertas se abren sin distincion á todos los fieles.

Es verdad, católicos, que la bondad de Dios en la ley de amor y de gracia no ha puesto estas terribles barreras entre su Majestad y nosotros; que destruyó aquel muro de separacion que tanto le apartaba del hombre, y que permite á todos los fieles que se acerquen al Sancta Sanctorum, en donde ahora habita él mismo; pero no por eso pide su santidad menos pureza é inocencia en los que vienen á ponerse á su vista. Su fin ha sido solamente el hacernos mas puros, mas santos y mas fieles, y darnos á conocer cuál deba ser la santidad del cristiano, pues tiene precision de sufrir todos los dias al pié del altar y del santuario terrible, la presencia del Dios á quien invoca y adora.

Por eso el apóstol San Pedro llama á todos los cristianos